

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Estudios históricos por don A. P.—La Rosa y la Niña (fábula), por don S. de Mobellan.—Sara MacFarlane (conclusion), por doña Dolores Cabrera y Heredia.—La Infancia (poesia), por don Juan A. Viedma.—El Caballero de la Banda-Azul (novela), por don Félix Montero Moralejo.—Teatros.—Modas —Esplicacion del Figurin.

INSTRUCCION.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LA MUJER DE PUTIFAR, TERMUTIS, Y JOSÉ.—DESGRACIA Y ELEVACION DE ESTE. — LOS HERMANOS DE JOSE. — SE TRASLADA A GESSEN TODA SU FAMILIA —ESCLAVITUD DE LOS HEBREOS.—TERMUTIS SALVA Á MOISÉS.—SABIDURIA DE ESTE.—SE RETIRA DE LA CORTE AL MORIR TERMUTIS.

El enaltecimiento de José es debido á una mujer. Sobre ella dice el abate Darboy. « La mujer tiene sus vicios y sus virtudes: Organizacion viva y frágil, sensibilidad profunda, pasiones ardientes y tumultuosas. Poderosa por la debilidad y no por la fuerza, ataca por todas partes, se sustrae de las tempestades, huye, vuelve, desaparece, para volver aun y luchar siempre, hasta que triunfa por la oportunidad, que es una imitacion de la constancia. Su objeto es siempre el mismo; sus medios cambian; engaña sobre la fijeza de sus deseos, por la multiplicidad de sus evoluciones. Un aire de pacífica indiferencia envuelve y protege sus mas hábiles estratagemas y los artificios en que coloca su mas querida esperanza. Semejante á un prisma, su sutil imaginacion descompone el pensamiento en gradaciones ó matices tan numerosos como delicados, para no dejar llegar mas que un grado de luz y á su gusto; y estos matices que convoca, acuden al instante, y como por magia se disuelven en su palabra abundante y rápida, y sobre su móvil fisonomia, hasta el punto de que se supone algun estudio donde hay tanta espontaneidad,

alguna reserva donde solo se halla la desenvoltura de la franqueza. El bien parece tomar, al pasar por ella, no sé cuales proporciones angélicas; pero en el mal parece obedecer las inspiraciones de Satanás: nacida para la bondad, desecha la piedad de su corazon: dulce y tímida por carácter, se vuelve arrebatada y furiosa: Dios la revistió de pudor, y ella hace se ruborice el hombre. En estas grandes sañas, que son sordas y pérfidas, siembra de escollos nuestros pasos, y su lengua nos desgarras con sus mordeduras secretas y envenenadas. No podemos romper la red de imposturas que ha tendido sobre nosotros: su venganza toma mil disfraces, su furor se multiplica; no, no venceremos, porque aun cuando saliésemos de la lucha con la virtud de un ángel, quedaba el hombre, que sería perseguido y fatigado sin fin por las bajas y negras maldades del demonio. »

Tal viene á ser el retrato de la mujer de Putifar. Pero veamos quien era José, el hijo querido de Jacob, el que escitó la rivalidad de sus hermanos que le vendieron á unos madianitas, y estos á Putifar, uno de los oficiales del rey Faraon. Aunque esclavo de él José, llegó á inspirar tal confianza á su amo, y fué tan honrado su comportamiento, que mandaba en todo y gobernaba la casa.

Pero en aquel tiempo y en aquel pais no faltaba corrupcion en la sociedad, los pueblos estaban desmoralizados, se perpetuaban las malas costumbres, y se olvidaba muchas veces el respeto de cuanto constituye el honor de la sociedad. Solo José, en medio de aquellas gentes, se escudaba con la virtud que aprendiera de su madre Raquel, en esas deliciosas lecciones que jamás se olvidan, que penetran en el corazon y forman la égida salvadora que preserva y

preservó á José del mal. En vano emplea su ama, la mujer de Putifar, todos los encantos de la seducción, la autoridad, los ruegos, las súplicas..... inútil todo; el esclavo huye de su lado, y el manto que deja por virtud, sirve para prenda de un crimen que no ha cometido; pero Dios vela siempre por el inocente y le ensalza.

Va á la cárcel y sale de ella para ir al carro triunfal: al nombre de José, sustituye el de Salvador, porque anunció desgracias que se remediaron.

Los hombres habían podido oprimir á José, pero no envilecerle. Sus hermanos y una mujer quisieron hacerle víctima, y le transformaron en héroe.

Cásase José con Aseneth, hija de un sacerdote de Heliópolis; administra sábiamente el reino; le recorre por todas partes; precave la carestía que amenazaba; llega, y sus acertadas medidas evitan el hambre, abriendo al pueblo los atestados graneros que formó su prevision. Entre los que fueron á Egipto de lejanas tierras á comprar granos, se hallaban sus hermanos, que se prosternaron ante él sin conocerle, viéndose realizados así sus sueños; pero él los conoció, les vendió el trigo, mandó poner el dinero en los sacos, y que le llevaran á Benjamín, el mas jóven de los hijos de Jacob, quedándose en el ínterin en rehenes un hermano. Vuelven con él: les obsequia José; pone á prueba su cariño fraternal, y se da á reconocer por último, abrazándose todos tiernamente. Quiso volviesen á Egipto por su padre, ofreciéndoles tierras y ayudarles á su regreso.

Salió á recibirles José, que estrechó á su padre, y ambos anegaron sus ojos en lágrimas de ternura; presentándole á Faraon, y cediéndole la tierra de Gessen.

Allí multiplicó Jacob su descendencia hasta el punto de infundir recelos á Amenofis, así llamado el nuevo Faraon. No quería desterrarlos porque le eran útiles aquellos hebreos ingeniosos y trabajadores; y para que no prosperasen sino en su beneficio, se propuso esclavizarlos, y los colmó de penosos trabajos y de duros tratamientos.

Creció sin embargo el pueblo hebreo, y afanoso Faraon por impedirlo, mandó arrojar al Nilo á los primogénitos que nacieran, salvando á las hijas. Terrible providencia; pero aquí se presenta una mujer á ser un lábaro de redención, á ser el instrumento de Dios para librar á un niño, salvador de un pueblo.

Amram y Jacobed, de la tribu de Leví, tuvieron entonces un hijo y le ocultaron tres meses, pero no pudiendo preservarle por mas tiempo de las pesquisas que se hacian, antes que darle la muerte lo

entregaron en manos de la Providencia, colocándole en una cuna de mimbres en el Nilo.

Va Termutis, hija de Faraon, á bañarse, repara en la cuna flotante, manda la saquen, ve al niño que supone hijo de los hebreos, y le llamó Moisés, que significa salvado de las aguas. Año 1571 antes de Jesucristo.

María, hermana de Moisés, estaba al cuidado de la cuna; corre hácia Termutis, y la dice si quiere que busque entre las mujeres de los hebreos una que erie al niño. Trae al momento á su madre, y se le entrega la compasiva egipcia, ofreciendo recompensarle el cuidado que dispensara al niño. ¡Vano encargo á una madre!

Termutis salvando á un niño salvó á un pueblo. La madre de Moisés no apeló en vano á la generosidad de una mujer.

Moisés escapó así al terrible furor de Faraon, como Jesus al de Herodes. Ambos fueron perseguidos, y á los dos les salvó el amor de una madre.

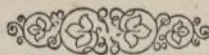
Criado ya Moisés, le presentaron á Termutis, que estaba casada, y no teniendo hijos, le adoptó por suyo. Hace le instruyan con esmero; los mas hábiles maestros le inician en todas las ciencias de aquellos siglos florecientes del Egipto, y Moisés pasa la primera parte de su vida aprendiendo á ser el hombre mas sábio de su época.

Le ama Termutis como á un hijo, le presenta al Rey, y le pide que, á falta de herederos directos á la corona, lo fuese el adoptivo. Acoje Faraon bondadoso el deseo de su hijo, y por juego y como parodiando lo que habia de suceder, le coloca en sus sienes la real diadema.

Estaba Moisés en la corte egipcia rodeado del fausto y ostentacion; mas no se identificaba con la religion, las leyes y costumbres del país. Hábiale enseñado su madre Amram el culto de Abraham, de Isaac y de Jacob; y entrañada en su corazon, se afirmaba cada vez mas en su fé.

Su gran saber infundió rivalidades y celos, á que hizo frente Termutis; pero al morir ésta, tuvo que sucumbir y espatriarse, retirándose á Madian, al Oriente del Mar Rojo, y no lejos del Sinaí, comenzando entonces la historia de su verdadera grandeza, en la que le seguiremos con Sefora, su mujer, y María su hermana; criaturas que brillan con gloria en la historia de la mujer y de la humanidad.

A. P.



LITERATURA.

LA ROSA Y LA NIÑA.

FÁBULA.

Corriendo una hermosa niña
por un florido vergel,
acertó con su basquiña
á destrozár un clavel.

«Niña, niña, niña bella,
»una rosa le gritó:
»si así en todo dejas huella,
»no te acerques á mí, no.

»Pues pudiera ser que en vano
»tu mano en mí se posase:
»que Dios para alevé mano
»hizo que espinas brotase.»

La niña al sentir la huella
de sarcasmo tan cruel,
pensó al punto hacer con ella
lo que hizo con el clavel.

Y así fué: en su orgullo insano
tiende la mano á la rosa;
pero la rosa en la mano
clava una espina á la hermosa.

Y mientras al viento hería
la hermosa con su lamento,
la rosa se sonreía
á los murmullos del viento.

Y así la niña en seguida
llorando huyó del desden.
*Que no hay mal, niña, en la vida
como el mal de no obrar bien.*

S. DE MOBELLAN.

SARA MAC-FARLANE.

(Conclusion.)

En aquella época de continuas guerras civiles, en que las clases todas de la sociedad vivían en perpétua agitación, quedaba para la instrucción muy poco lu-

gar. Era, por lo tanto, muy frecuente, que un caballero ó una ilustre dama, no supiesen ni aun firmar siquiera.

Sara pertenecía á este número: no comprendiendo los inconvenientes de su ignorancia, se entregaba únicamente á los cuidados de la casa, sin acordarse en lo mas mínimo de adquirir instrucción y conocimientos. Acompañaba á su padre á caza, para lo que tenía una destreza maravillosa; ó bien empuñando el remo, le conducía con un tino admirable á través de los escollos de la costa, para proporcionar-le mas lejos el placer de la pesca.

El reinado de Jorge I no fué pacífico. La causa del pretendiente estaba perdida: sin embargo, no faltaron revolucionarios á quienes sirvió de pretexto para muchas sediciones, cuyos motivos reales fueron intereses privados menos honrosos. Siempre y en todos los países ha sucedido lo mismo respecto á sublevaciones populares: los verdaderos jefes no obran mas que por ocultos fines, mientras las masas son escitadas por hombres que no teniendo que perder honores ni fortuna, pueden por lo tanto esperar adquirirlos en los azares de una revolución.

Para no dar pábulo á la malignidad de sus enemigos, ni pretexto á las sospechas que pudiera inspirar su negativa, acerca de su lealtad, Sir Gregory vivía en el mas completo aislamiento.

Con gran sorpresa suya, oyó resonar un día la campanilla de la puerta. Hacía tanto tiempo que no se abría de par en par, que Dick tuvo no poco trabajo en hacerla girar sobre sus goznes, á fin de introducir á dos caballeros, que apeándose le entregaron las riendas de sus caballos.

Los recién venidos se encerraron con Mac-Farlane. Larga fué la conferencia, y cuando se retiraron, era fácil observar en el irritado continente de los tres, que el asunto que los condujo no se había tratado con moderación.

«Pensadlo bien, Sir Gregory, dijo uno de los caballeros. Vuestra pretendida neutralidad no nos engaña: es preciso que seáis nuestro aliado ó nuestro enemigo.»

—Segun lo que me dicte mi conciencia así obraré: no permito que se me imponga obligación ninguna: yo, sabéis que ni temo las amenazas, ni me deslumbran las promesas: si he dicho adiós á mi profesión pasada, es por conservar mi cabeza y asegurar mi tranquilidad.

—En vuestra actual prudencia, Sir Mac-Farlane, quizá haya mas falta de valor, que una fidelidad equivocada. Además, tenemos una cuenta atrasada que arreglar, y entonces veremos hasta dónde llega la sublimidad de vuestra adhesión al usurpador.

—Estoy pronto, señores, respondió Sir Gregory. Continúo siendo depositario de los documentos que

me fueron confiados, y no los entregaré mas que á la persona á quien legítimamente pertenecen. Persuadíos de una vez, que ni me desprenderé de ellos en favor de las personas á quienes pudieran comprometer, ni para que sirvan de instrumento á los que quisieran sacar un partido peligroso.

—Timorato Mac-Farlane, nunca supisteis hacerlos muy temible, y ahora menos todavía! Escuchadme: cuando necesite esos documentos volveré á exigirlos, y nuestra esplicacion será mas acalorada que hoy, os lo prometo.

Dicho esto, los dos caballeros montaron rápidamente y desaparecieron detrás de una montaña.

Sir Gregory permaneció algunos instantes pensativo.

Al levantar la cabeza, vió á Sara que le contemplaba silenciosamente.

—Padre mio, le dijo entonces, me habeis hablado muchas veces de un hombre que os ha hecho mucho mal: no sé porqué me figuro que uno de esos debe ser vuestro mortal enemigo; el laird de Danelock. Su presencia me anuncia alguna desgracia. Acordáos, padre mio, de que nunca amenaza en vano, ni retrocede ante un crimen.

—«El laird de Danelock, traidor á la causa de los Estuardos, traidor á la de Brunswick, no es para mí terrible, hija mia. Él sabe que puedo perderle: pero es tan cobarde como pérfido, y no se atreverá á provocar mi resentimiento.»

Sara no quedó convencida, pero se abstuvo de manifestar la menor inquietud, por no aumentar la que suponía á su padre.

Poco tiempo despues estalló una conjuracion contra la vida del rey Jorge. El gobierno tomó tambien sus medidas, que el complot solo sirvió para descubrir á varias personas de quienes ya se sospechaba. Otros muchos debieron su salvacion á la falta de ciertas pruebas, cuya existencia constaba, aunque se ignoraba en qué manos se hallaban depositadas.

Se ofreció una gran recompensa á quien las descubriese, y el régio perdon al procesado que las entregase á la justicia.

Una tarde se presentó un mendigo en casa de Mac-Farlane, insistiendo para hablarle en secreto.

Sara le introdujo. Pocos momentos despues salia de la casa murmurando imprecaciones de venganza y de cólera.

Aquel día Sir Gregory estaba muy enfermo y no pudo abandonar el lecho.

Despues que aquel hombre hubo partido, Sara notó que su padre parecia hallarse muy agitado. Hablaba solo, irritado unas veces, y desesperado otras.

La jóven le preguntó inútilmente: comprendió que un peligro inminente les amenazaba: sabia que hallándose su casa completamente aislada, no podia

en caso preciso recibir ningun auxilio, ningun socorro.

Sara comunicó sus temores á Dick.

Ambos pasaron la noche velando á la puerta del enfermo, espíando sus menores movimientos, y los mas leves ruidos procedentes de afuera.

Al amanecer entró Sara en el cuarto de su padre: inclinóse hácia él para besarle, y sintiéndole inmóvil, lanzó un grito de angustia y de terror.

Sir Gregory estaba atacado de una apoplejía.

La distancia que los separaba de la ciudad hizo que los auxilios que se prodigarán al enfermo fuesen tan tardíos como ineficaces.

Aquel horroroso acontecimiento redujo á Sara á la desesperacion.

Dick la habló con firmeza. El austero anciano la reconvinó por agotar en lamentos estériles el valor y la fuerza de que tenia tanta necesidad. Entonces comprimiendo su dolor bajo una aparente tranquilidad, volvió á colocarse á la cabecera del enfermo.

Éste habia recobrado el conocimiento, pero sin poder espresarse ni aun por señas. Solo en sus ojos residía un resto de vida: su cuerpo parecia muerto.

Dick le cuidaba durante el día; Sara, mas fuerte, y que resistia mejor el sueño, le velaba por la noche, espíando ávidamente hasta sus gestos mas imperceptibles.

Una noche (la del 15 de Agosto), hacia un calor sofocante. Por la ventana abierta de par en par, penetraba la claridad de la luna. Sara habia apagado la opaca lamparilla que la alumbraba.

Apoyada en el lecho de su padre, sus ojos erraban alternativamente de aquel rostro pálido al vasto horizonte que se desplegaba ante ella: miraba vagamente las olas que iban á estrellarse contra la playa. Ni un soplo de aire agitaba las hojas del jardín.

De pronto oyó un lijero crujido en las ramas próximas á la ventana. Levantóse precipitadamente, y escondida tras las cortinas de la cama, pudo distinguir á un hombre que trataba de observar lo que habia en la habitacion.

Entonces no pensó mas que en su padre, á quien veia entregado inmóvil é indefenso al puñal de un asesino. Retorciéndose los brazos convulsivamente, Sara invocaba con todo el fervor de su alma al protector de los débiles: de pronto cediendo á un pensamiento súbito, se lanzó á la escalera, corrió al patio, se apoderó de un hacha, y subió con la rapidez que exigia la inminencia del peligro.

Adelantándose entonces con estremada precaucion, apercibió dos hombres que se dibujaban sobre la pared, y una escalera que acababan de colocar bajo la ventana.

El corazón de Sara latia violentamente.

—Dios mio, murmuró, Dios mio! Si he de come-

ter un crimen perdonadme, pero protejed á mi anciano padre!

Levantando entonces su hacha se dispuso á herir.

Una mano se agarró á la pared: luego otra: un hombre se esforzaba en escalar la distancia que le separaba de la ventana, porque la escalera evidentemente era demasiado corta.

—Dios mío, murmuró la pobre jóven, perdonadme!

Y descargando su hacha con fuerza, hizo ésta saltar al interior de la habitación la mano del hombre que intentaba penetrar en ella.

Un ruido de dolor y de rabia resonó al mismo tiempo que la caída de un cuerpo sobre la arena. Después oyó cuchichear rápidamente.... luego pausados pasos que se alejaban... luego, en fin, volvió á quedar todo en silencio.

Sara fué á ponerse de rodillas ante el lecho de su padre, besando con un ardor febril la mano del enfermo, cuya vida acababa de salvar. En aquel instante casi temía tanto que recobrase el conocimiento, como antes lo había deseado. El estado de postración en que se hallaba sumergido la daba esperanzas de poder ocultarle aquella sangrienta escena.

Al hacerse de día Dick entró en el cuarto.

Con un gesto rápido, Sara le mostró la mano cortada, tendida sobre el pavimento.

El anciano lo comprendió todo. Descubrió su cabeza, levantó los ojos al cielo en señal de gratitud, y se apresuró en hacer desaparecer los vestigios de aquel horrible acontecimiento.

Mac-Farlane hizo un movimiento, y abrió los ojos, pero aquella demostración del recobro de sus facultades fué muy corta.

Después de algunos momentos, durante los cuales la naturaleza pareció luchar todavía, miró alternativamente á Dick y á su hija, y espiró.

Los conspiradores fueron sentenciados, al destierro unos, y otros á ser ejecutados.

Uno solo lo fué en efígie, el laird de Danelock. Hecho preso en casa de un criado de su familia, donde yacía gravemente herido, se envenenó en la prisión por temor al cadalso.

Dick sobrevivió poco tiempo á Mac-Farlane.

Sara se retiró á un convento de Sligo, donde vivió como pensionista, hasta la edad de 27 años.

En aquella época una parienta lejana la dejó en herencia una fortuna considerable, con la condición de llevar el apellido de Magnus de Beresford, que Sara Mac-Farlane adoptó en efecto.

La nueva lady Sara Magnus de Beresford, fué á habitar una posesión que tenía en los alrededores de Dublin.

Durante su permanencia en el convento, se entregó al estudio, comprendiendo cuán incompleta sería

su vida sin instrucción, y los inconvenientes de su ignorancia.

La persistencia de su voluntad triunfó de todos los obstáculos, y Sara se hizo una mujer tan distinguida por los conocimientos que llegó á adquirir, como por las gracias físicas y las cualidades de su corazón.

El recuerdo de la terrible noche del 15 de Agosto la perseguía sin cesar. No se creía culpable, pero los escrúpulos religiosos que adquirió en el convento de Sligo, haciéndola considerar aquella acción como una mancha en su vida, creyó que no debía unir su suerte con la de un hombre irreprochable. Persistió constantemente en su resolución de renunciar al matrimonio, y concentrando en los desgraciados toda la ternura de su alma, fundó en varias ciudades de Irlanda establecimientos de beneficencia en favor de los indigentes mutilados, de los viajeros necesitados, de las viudas y de los huérfanos. Pasó en fin su vida vigilando activamente aquellos establecimientos, para los cuales dejó reglamentos llenos de talento y previsión.

Si la provincia de Uster, y sobre todo el Canton de Donegall, se gloriaron de contar entre sus habitantes á la jóven y heroica hija de Sir Gregory Mac-Farlane, todos los desgraciados bendijeron la memoria de la buena y generosa lady Sara Magnus de Beresford. (Traducción.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

LA INFANCIA.

De las Contemplaciones de Victor Hugo.

TRADUCCION LIBRE.

Canta el niño, la madre estenuada
dobla triste al dolor la hermosa frente.
Yo escuché su canción, y de la enferma
oí temblando el estertor doliente.

Un lustro cuenta el niño, junto al lecho
salta y juega radiante de alegría,
y la madre lo vé, y ardiente lágrima
nubla en silencio su mirada fría.

La madre fué á dormir bajo la losa
del mudo panteón, y sus cantares
volvió el niño á entonar, cual si tuviera
cerrado el corazón á los pesares.

Es un fruto el dolor; nunca en el tallo
débil aun para llevarlo brota.
Dios no ha querido que la verde rama
del fruto al peso se desprenda rota.

JUAN A. VIEDMA.

EL CABALLERO DE LA BANDA AZUL.

Dedicada à la señora

D.^a Guillermina German de Campoamor.

INTRODUCCION.

EL CASTILLO DE MAQUEDA.

¡Cuántos serán los viajeros, y en particular los hijos de Estremadura, que partiendo de Badajoz á Madrid, ó vice-versa, habrán pasado con indiferencia tocando con las murallas del antiguo castillo de Maqueda, situado en una colinita de la aldea del mismo nombre, y á las orillas del camino que conduce á Cáceres y Badajoz!... ¡Oh, tú viajero, no vuelvas á tocar en las inmediaciones de ese castillo secular sin que le rindas un instante de contemplacion y de respeto! Sus murallones semi-derruidos, y sus rotas almenas, sobre las cuales avanzan, ya la verde yedra, el punzante zarzal y otros vegetales silvestres, interin cien aves nocturnas infunden pavor y melancólicas impresiones; esos murallones y esas almenas, repetimos, fueron en otros dias un monumento de gloria, de heroismo y de sufrimientos! Sí, entre esos escombros esparcidos hoy por dó quiera, habitó su fundadora D.^a Berenguela, futura esposa de D. Enrique I de Castilla. En sus salones se almacenaron las armas que llevó Colon para el descubrimiento de las Américas, y bajo de los techos de ese palacio, entonces inespugnable, descansó Pizarro por muchos dias, interin se le reunian los esforzados españoles que le habian de acompañar á la famosa conquista del Perú. En sus almenas entonces elevadas é imponentes, brillaron los aceros de los caballeros de Alcántara, defendiéndose por muchos meses del porfiado sitio del moro Tahir, quedando al fin triunfante la Cruz de la Orden y en derrota la media-luna, y prisionero el famoso Tahir, que fué arrojado al pozo, que aun existe en el patio grande. Tambien los hijos de D. Juan II sufrieron allí una larga cautividad, y la torre llamada aun de las *Infantas*, recuerda que entre las bóvedas de ese castillo corrieron los primeros dias de adversidad de la escelsa Isabel la Católica, de su hermano D. Alonso, y de su virtuosa madre D.^a Isabel de Portugal.

Pues bien, interin los viajeros que pasasteis una y otra vez desapercibidos por estas ilustres ruinas, saludais con respeto esas derruidas almenas y truncados torreones, nosotros, valiéndonos del mágico poder concedido á nuestra pluma, reedificaremos ese mo-

numento de largos siglos para dar principio á nuestro trabajo.

I.

CLOTILDE (1).

En 1485 el castillo de Maqueda era un palacio-fortaleza de no escasa consideracion. Su exterior le daba el respetable aspecto de un punto militar invencible, en cuyas elevadas almenas y torreones se veian brillar á la luz del dia las plateadas armaduras de sus guardadores, mientras que en el silencio de la noche, la *voz de alerta*, repetida por numerosos vigías, daba á conocer la estremada vigilancia que de su custodia se tenia. El interior se componia de numerosas habitaciones adornadas con esquisito gusto y sorprendente lujo, revelando todo ello que allí moráran esclarecidos personajes oriundos de la corona de Castilla.

Con la elevada investidura de gobernador del castillo, mandaba en éste y en sus inmediaciones hacia poco mas de un año el famoso capitán Sancho-Perez, marqués del Retamar, y uno de los esforzados adalides de Italia bajo las órdenes de Gonzalo. Estos señalados servicios y su adhesión á la reina Isabel durante las intrigas de Beltran de la Cueva, le habian hecho acreedor á este elevado puesto entonces, pues que en la época á que nos referimos era el Castillo de Maqueda un gran arsenal que proveia de armas á las invencibles huestes, que tomando una á una las ciudades del reino de Granada, llegaron victoriosas hasta las mismas puertas del Eden de Boadil, y del cual no tardó mucho en ser arrojado.

Era el capitán Sancho-Perez un hombre de sesenta años, de venerables canas que ya no cubrian perfectamente su cabeza. Su semblante tenia cierta aspereza, propia del tipo guerrero de aquellos hombres que vivian en una época de hierro. Sin embargo, el corazón del capitán era bondadoso en medio de sus instintos guerreros, y si bien cuando armado de todas armas, montado en su fogoso caballo, era con su espada y lanza el terrible signo de la destruccion de los árabes, cuando regresaba de sus campañas y estrechaba el tallo de sílfide de su hija única Clotilde, entonces sus miradas de fuego en la batalla, se tornaban por otras de dulzura paternal, que borraban del rostro del marqués toda su fiereza guerrera y aspecto imponente.

Clotilde por el contrario, era una jóven de cinco lustros, de estatura mas que mediana, porte magestuoso, ojos negros árabes de mirada eléctrica y fascinadora, envelados por luengas pestañas de ébano,

(1) Esta novelita es en su mayor parte histórica.

interin de la parte interior de sus labios, recogidos y delgados, que formáran una pequeña y graciosa boca, se veía aparecer una dentadura menuda y de blanco marfil, que resaltara mas con el sonrosado de sus labios coralinos. Su nariz aguileña daba asiento á su frente espaciosa cercada por su parte inferior de dos arqueadas y bonitas cejas, interin de su lado opuesto se destacaba poblada y negra cabellera, que formando caprichosas trenzas, acababan de hacer de la bella vírgen Maquedana una de esas Vénus que debemos á los inimitables pinceles de Murillo y de Rubens. Su faz se miraba de continuo ligeramente sombreada por una tinta melancólica, melancolia *misteriosa é impenetrable*, pero que en vez de menoscabar su belleza, la hacia mas encantadora y simpática. Su carácter apacible y bondadoso la tenia granjeado el respeto y cariño de sus numerosos criados, á la par que los rasgos humanitarios y sublimes de su alma y filantrópico corazón, la valió el amor de sus feudos y la adoracion de los aldeanos de Maqueda, quienes la titulaban por sobrenombre *Consolacion*. Efectivamente, el mejor blason del capitán Sancho-Pérez se formaba de los elevados sentimientos de Clotilde; así es que el vasallo perseguido, el apurado colono, el soldado olvidadizo de sus deberes, y espuesto á un duro castigo, el anciano, la viuda y la pobre huérfana, todos acudian á ella en sus momentos de afliccion, y todos hallaban *consuelo* en su jóven señora. ¡Cuántas veces las súplicas de la bella Clotilde, templando el primer ímpetu de ira del gobernador, arrancaban de su mano la pluma que iba á firmar una sentencia de muerte, una prision, ó una espulsion de propiedad! ¡Cuántas llegó lloroso á sus plantas el oprimido colono, y se alejó luego del castillo lleno de alegría y bendiciendo la protectora mano que influyera en el perdón de sus atrasos, ó disminuyó una gran parte de la feudal imposicion! Así, Clotilde, cual ninguna mujer, llenaba la mision de su sexo, destinado á ser el ángel de paz y el paño de lágrimas de nuestros infortunios! ¡Dichosa de ella, que rica y poderosa empleaba el oro y el poder para minorar las desdichas de sus semejantes! ¡Feliz aquella de nuestras lectoras, que al leer esta página de la vida de Clotilde, pueda esclamar: *En cuanto me es dado, empleo mis riquezas y elevada gerarquía en bien de los que sufren.*

II.

ODIO Y SIMPATIAS.

Era ya mas de la mitad de la noche del día 5 de Diciembre de 1485. Un terrible vendabal reinaba en la atmósfera; el cielo encapotado de negros nubarrones despedía de su seno torrentes de agua fria, semi-congelada, pues á veces se notaban algunos co-

pos de nieve. La aldea de Maqueda dormitaba, y su sepulcral silencio se interrumpía á veces por la voz de los atalayas del castillo, quienes obligados por su estricto deber militar, vigilaban desde sus torrecillas de piedra de granito cuantas avenidas conducian á la fortaleza. Casi ocultos en sus *tabardos* de paño burdo, con vueltas de bayeton azul, embrazada la adarga, y empuñada la pica ó la ballesta, ya aplicaban cuidadosos el oído, ó se paseaban por las almenas despreciando la helada temperatura que se hacia sentir.

En tan avanzada hora se encontraban en uno de los salones del castillo Sancho-Pérez, su hija, y algunos de los jefes de la guarnicion. La habitacion en que se verificaba esta reunion, que podriamos llamar de familia, era una pieza cuadrilonga, tapizada con ensambladuras doradas, de *ajimezes* festoneados y caprichosos, sostenidos por elegantes columnas de mármol, con magníficos y muelles sillones guarnecidos de ancha cabeza de plata; una mesa, sosteniendo un espejo de acerado marco, y cuatro lámparas de bronce colgadas del techo, en cuyos lucientes mecheros ardian velas de cera; una chimenea descomunal, en fin, comunicaba á esta habitacion una agradable temperatura, que hacia olvidar la glacial á que estaban espuestos los vigilantes centinelas.

Próximo á la consoladora accion del fuego se hallaba un estrado, que ocupaban Sancho-Pérez y su hija; dos caballeros seguian á su izquierda sentados en sillones, colocados en semi-círculo, al cual cerraba una espaciosa mesa de luciente nogal, al rededor de la que se agrupaban varios oficiales del castillo. Todos, incluso Sancho-Pérez, usaban sayos de *vellori* verde ó ceniciento, altas calzas de grana y borceguies de ante con doradas espuelas. Sus largas y recogidas cabelleras estaban descubiertas como un signo de urbana galanteria hacia Clotilde, y de respeto al gobernador, quien cubria sus nevados cabellos con un *birrete* de orla dorada, mientras de su cinturón de *brocado* pendia su *limosnera*, su espada de corte de cincelada empuñadura de oro, y en ella el escudo de sus armas. Los caballeros ceñían *tabardes* de cuero hervido, de donde pendia su escarcela, su espada y una pequeña daga.

El traje de Clotilde era en esta noche tan sencillo como elegante, y se componia de un *brial* ó sobre todo blanco y de mangas perdidas, falda azul con bordados, y *chapines* de seda de caprichosas labores, que delineaban su diminuto pié; y sobre sus trenzas de ébano resplandecía una *toquilla* de brocado, que resguardaba su cuello, en el que brilláran las perlas de un rico collar, promediado de una cruz de diamantes, que bajaba hasta el púdico seno de la vírgen.

(Se continuará.)

FELIX MONTERO MORALES.

TEATROS.

Terminadas las vacaciones que la costumbre y la piedad cristiana imponen á los teatros en la Semana Santa, abrieron nuevamente sus puertas al público el Domingo de Pascua.

La concurrencia en todos era numerosa, pero en ninguno tan justificada como en el de la *Zarzuela*, atraída por el anuncio de la titulada *Los Magyares*.

El éxito ha realizado las esperanzas que habia hecho concebir esta produccion de los señores Olona y Gaztambide, que fueron llamados á la escena al final del tercer acto. Las decoraciones pintadas por D. Luis Muriel son lindísimas. La del primer acto, que representa un campo en la época de la recoleccion, es de un efecto sorprendente por su verdad, y es lástima que las ovejas que conduce la graciosa Marta no sean tan dóciles como la mulita del lego Fr. José. El libreto es interesante, y la música tiene bellísimos trozos, alguno de los cuales merecieron el honor de la repetición.

La escena está servida con lujo y propiedad, y el acompañamiento que sigue á la emperatriz María Teresa á la iglesia de San Estéban, de Buda, para el acto de la abdicación, á que tratan de forzarla los rebeldes, nada dejan que desear.

Aconsejamos á nuestras lectoras no dejen de acudir á pasar un buen rato, que no se hace pesado aunque dura hasta la una.

Esta noche tendrá lugar en el *Circo*, para beneficio del señor Romea (D. J.), la comedia nueva titulada *La Escala de la vida*.

MODAS.

Nuestras bellas se impacientan aguardando la primavera, esperando el buen tiempo para lucir las novedades de la Moda. En Madrid rara vez puede satisfacerse este deseo hasta el Dos de Mayo: en aquella mañana, en el Campo de la Lealtad, al estampido del cañon, al són de belicosos instrumentos aparece la Moda nueva.

Aguardemos un poco, pues, impacientes y hermosas lectoras, que nuestras galas de aquel día, nuestras armas para la próxima campaña están ya preparadas.

Las telas de lana con mezcla de seda, y aun las de lana pura, vienen dispuestas de manera que sirvan para vestidos de primavera, y aun de verano, por de contado en formas huecas y ligeras. Habrá un tafetan de lana para la primavera: una granadina de lana para el verano. Los almacenes están llenos de estas nuevas disposiciones: la *Exposicion de Londres*, en la calle de la Montera, presentaba una de estas noches montones inmensos de estos cortes de vestido, que reemplazarán con ventaja á las telas de seda, de un precio cómodo, tanto para las escursiones campestres como para los viajes á mayor distancia.

Las telas de seda son cada día mas magníficas, y

sus disposiciones mas variadas: unas para doble falda, otras para volantes: algunas de caídas ó adornos á los lados de la falda: muchas brochadas, y de graciosos floreos para falda lisa: tantas y tales son sus variedades que no son para descritas.

Explicacion del Figurin.

FIG. 1.^a Vestido de tafetan color de malva, con adornos de flequillo de seda negra.

El cuerpo es cerrado y de talle redondo, y va adornado á cada lado del pecho por tres follados, fruncidos al través, y sin mas intermedio entre sí que la costura que los separa. El follado exterior de cada lado es mas ancho que los del centro, y termina por flequillos negros que caen como una hombrera sobre la manga: este follado se continúa por la espalda en forma de volante, los otros dos que son un poco mas huecos concluyen en la costura del hombro.

A cada lado de la falda hay una caída compuesta de dos follados, mas huecos que los del pecho, y guarnecidos de un flequillo á cada lado.

La manga es larga y ancha de alto á bajo, hasta que ajusta en el puño, va fruncida por follados de cuatro centímetros de ancho, puestos á lo largo.

Sombrero de tafetan color de malva, con adornos de terciopelo imperial del mismo color, un poco mas subido, y de plumas del mismo color. Cintas correspondientes.

FIG. 2.^a Vestido de glassé, color de café con leche, con adornos de cinta de seda del mismo color.

La chaqueta, alta y ajustada, lleva una aldeta de mucho vuelo, y de veinte y cinco centímetros de largo.

La manga se compone de dos partes: la superior de figura acampanada, es redonda y sin vuelo, la inferior forma volante.

La guarnicion de la chaqueta se compone de dos especies de tirantes, que se cruzan por delante, y continúan en cabos flotantes, pasando de diez á doce centímetros mas abajo de la aldeta. Estos tirantes forman vuelta y van ligeramente fruncidos en el hombro, cruzando tambien por detrás, pero mas bajo y casi en la cintura. El delantero de la aldeta se abotona recto, y toda la chaqueta va guarnecida de una cinta del mismo color.

La falda lleva un volante de setenta y cinco centímetros, con cabeza fruncida.

Cuello de encaje y mangas huecas de muselina, con puño de encaje.

Sombrero de crespon azul, con adornos de blondas blancas y cintas azules.